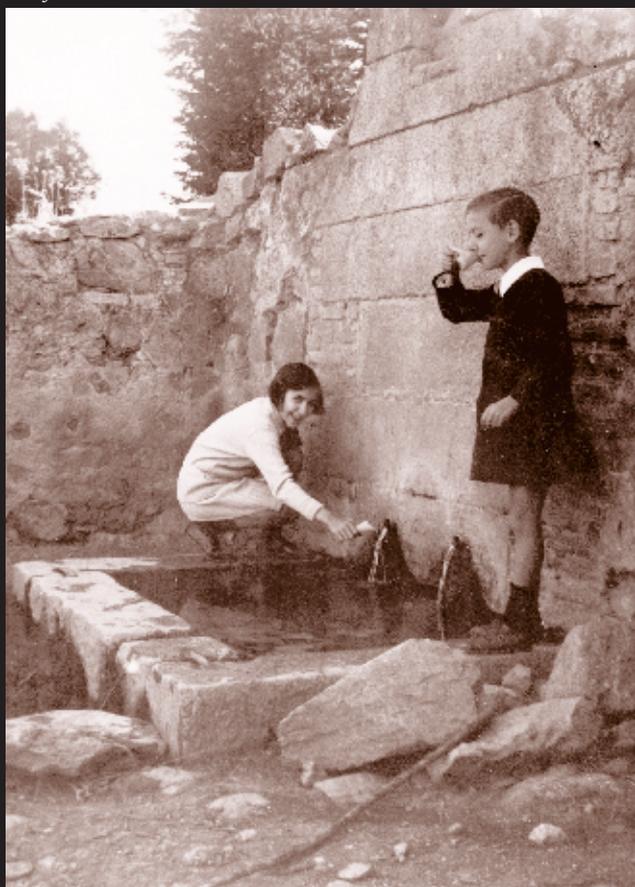


1930, septiembre, 30. Toledo.- Pedro y Antonia, hijos del pintor Pedro Román, encaramados a un árbol en los alrededores de Toledo.

1929. Toledo.- Antonia y Pedro, hijos del pintor Pedro Román, en la fuente de Loches.



1930, septiembre, 26. Azucaica.- Pedro y Antonia, hijos del pintor Pedro Román, a las afueras de la localidad.

[ca. 1910]. Toledo.- Procesión del Corpus, frente a la iglesia de San Ildefonso.





[ca. 1920] . Toledo.- Locomotora de la compañía MZA en el recinto de la estación.



LA CIUDAD DE TOLEDO EN 1859 EN LAS *NOTES ON SPAIN...*¹ DE JAMES JOHNSTON PETTIGREW

José Pedro Muñoz Herrera

M. Elizabeth Boone

James Johnston Pettigrew (1828-1863) nació en el condado de Tyrrell, Carolina del Norte, en el sur de los Estados Unidos. Su abuelo, Charles Pettigrew, fue el primer obispo electo de la Iglesia Episcopaliana en dicho estado. Aunque el joven Pettigrew adoleció de una salud endeble, destacó en su actividad académica y comenzó a estudiar a los quince años en la Universidad de Carolina del Norte. Graduado en 1847, trabajó durante algún tiempo como profesor asistente en el Observatorio Naval en Washington D.C. para luego iniciar estudios de Derecho en Baltimore. En 1850 viajó a Europa para continuar sus estudios en Berlín, visitando España por primera vez en 1852, como secretario de legación en la embajada norteamericana en Madrid, donde permaneció por unos pocos meses antes de regresar a los Estados Unidos. Tras trabajar durante varios años como abogado en Charleston, Carolina del Sur, y de ser elegido representante de dicha ciudad en el legislativo, realizó su segundo viaje a Europa en 1859. Como legislador obtuvo notoriedad por su informe contra la reanudación del tráfico de esclavos africanos, pero perdió la reelección poco antes de su nuevo periplo europeo. *Notes on Spain and the Spaniards*, publicado privadamente en Charleston a su retorno, y destinado a ser leído sólo por los amigos de su autor, describe su viaje por España, durante el que visitó Zaragoza, Madrid, Toledo, Sevilla, Córdoba y Granada, volviendo a pasar nuevamente por Madrid y de allí a Burgos, para luego dirigirse a Francia.

Pettigrew declaró en el prefacio del libro que su propósito era “retratar el país, hasta donde sea capaz, a la sencilla y desornamentada luz de la verdad, sin exagerar sus bellezas o sus defectos” (p. iii). En su relato sobre Toledo, combina el romanticismo de sus predecesores con detalladas descripciones de los lugares visitados y amplias digresiones sobre el mérito de las relaciones históricas relativas a ellos. Sus antecedentes familiares inspiraron sin duda su consideración de la liturgia mozárabe durante su visita a la Catedral, aunque dicha consideración fue en este punto menos extensa que la que antes le dedicara el clérigo congregacionista, también norteamericano, Charles Rockwell, en su visita a Toledo en

1836. Pero en 1859, Pettigrew podía iluminar la imagen de Toledo bajo otras perspectivas. Dos lugares que había desatendido en su primer viaje a la ciudad siete años antes, evocaban en sus ruinas significativos capítulos del pasado que no eran ajenos a valores contemporáneos: la rebelión de Juan de Padilla y la actuación del Duque de Escalona. Ambos permitían al autor introducir el tema de la lealtad al país, asunto de resonante pertinencia en el cada vez más levantisco Sur de los Estados Unidos. Las sinagogas y la iglesia de San Juan de los Reyes, también merecieron su atención, y la historia de don Julián, famosa en América gracias a los escritos de Washington Irving, reciben en el relato de Pettigrew un tratamiento particularmente detallado, con los méritos y deméritos de la leyenda cuidadosamente examinados, a diferencia de muchos de los historiadores del momento. Aunque reconocía los aspectos ficticios de la historia de Florinda, concluía su digresión con una vuelta al romanticismo: “Así, frente a la casi unánime oposición de los críticos, determiné no engañarme sobre la existencia de la joven señorita, y contemplar desde el parapeto con tanto interés como si la hija de don Julián estuviera presente tanto en la realidad como en la tradición”.

Tuvo Pettigrew como guía al célebre Romualdo Cabeza, viejo soldado carlista que durante décadas exhibió sus cicatrices y su ultramontana ideología a los viajeros, quienes no dejaron de señalarle como el más competente de cuantos por entonces infestaban la ciudad. Tenía además una galería de antigüedades donde se ofrecía la posibilidad de adquirir azulejos, cuadros, sedas, armas u otros objetos de interés para el turista. Precisamente en los días en que se produjo la visita, Cabeza se inscribió en la guarda delantera del libro de honor de Santa María



James Johnston Pettigrew

< Isidoro Lozano. “La Cava saliendo del baño”. 1854. Academia de San Fernando

la Blanca, indicando que lo hacía mientras “acompañaba a unos americanos”. Pettigrew da también testimonio de las actuaciones que los militares llevaban a cabo en el Hospital de Santa Cruz, para adaptarlo al uso del Colegio de Infantería. Durante su paso por el edificio pudo apreciar la nueva compartimentación y seccionamiento de los brazos del crucero, que en aquel año de 1859 suscitara la alarma de la Comisión Provincial de Monumentos.

El viaje de Pettigrew a Toledo concluye con una visita a la Fábrica de Armas, donde la expresión de su esperanza en no necesitar nunca los puñales que allí adquiere, apunta irónicamente al infortunado destino que le aguardaba. Tras retornar a los Estados Unidos en vísperas de la Guerra Civil, el autor se vio arrastrado por los preparativos militares del Sur para su secesión de la Unión. Con su competencia en materia de ingeniería era un valioso recurso para el Sur, y el presidente de la Confederación, Jefferson Davis, le persuadió para que aceptase ser General de Brigada en el Ejército Confederado. Pettigrew fue herido y capturado por fuerzas de la Unión en 1862, pero tras un intercambio de prisioneros volvió al servicio activo. Desempeñó un importante papel durante los tres días de la batalla de Gettysburg, pero mientras defendía la retaguardia del ejército del general Sherman Lee, fue mortalmente herido y falleció el 14 de julio de 1863.²

A continuación recogemos el texto traducido del capítulo VII, de sus *Notes on Spain...*, dedicado a la ciudad de Toledo (pp. 122-139).

Capítulo VII

TOLEDO

Aproximación a la ciudad – Aspecto Moro – Santa Cruz y el Alcázar – La catedral – Los Mozárabes – La Fonda – Padilla y los Comuneros – Escalona – Las Sinagogas – Los Judíos en España – San Juan de los Reyes – Don Julián y La Cava – Fábrica de Armas – Bella vista de la Ciudad – General.

Nunca dejaría Madrid sin volver a visitar la ciudad-fortaleza de Toledo. Así, una mañana calurosa, un conocido mío y yo mismo tomábamos nuestras plazas en los coches que ahora hacen el viaje fácilmente realizable. El oasis de Aranjuez, con sus densas boscosidades y sombreados paseos, nos tentaba penosamente tras el árido, vacío y achicharrante país por el que habíamos pasado. Pero no nos detuvimos, y continuamos nuestro camino río abajo. Los coches eran muy cómodos, y estaban dotados de un doble techo que materialmente contribuía a proteger el

interior de los rayos del sol. Ni siquiera fuimos incomodados por el polvo o el humo. Una montuosidad indistinta que bloquea el valle del Tajo, anuncia en seguida la proximidad de la capital de los Godos. Bajamos durante media hora larga por la preciosa Vega, estrechamente delimitada a cada lado por las desnudas colinas, y desembarcamos en la estación fuera de las murallas. La apariencia de Toledo es noble. El río, describiendo una curva semicircular a la izquierda para así pasar la colina, o más bien roca inmensa sobre la que la ciudad se sitúa, penetra en la Sierra con la furia de un irrito e impaciente gigante; mientras, por el lado de Madrid, la cima está coronada por el pesado Alcázar, arrogante y perpendicular sobre el rugiente Tajo, que proporciona un gran punto focal desde una distancia de varias millas. El zagal tan alegremente ataviado que, en respuesta a nuestras insinuaciones, juraba que nunca había estado ni esperaba estar enamorado, pero que se adornaba a sí mismo tan pasmosamente por el mero y general efecto, nos condujo a media velocidad a lo largo del Paseo, pasando la estatua de Wamba, sobre el puente de Alcántara, una de esas estructuras que inducen la locura en un artista, y nos subió zigzagueando a la ciudad, girando maravillosamente en torno a las más cerradas esquinas en calles escasamente más anchas que la propia diligencia, y nos depositó sanos y salvos en la Posada.

Despachado el desayuno, fue contratado un guía – por nombre Cabeza. Era un personaje flaco, cincuenta y un años de edad, de algún modo curtido, y lo peor de llevar. Había sido soldado carlista; a la defección de su partido, exilado en Francia. Seis heridas en la cabeza, dos balas en la pierna, y un brazo destrozado, eran toda la recompensa de sus largos servicios – del todo suficiente para un hombre. En nuestro camino al Santa Cruz, bajo su guía, pasamos por la plaza de la ciudad, un espacio abierto e irregular, todavía llamado el Zocodover, y tan moro en la apariencia como en el nombre. Era la época de la Feria, y pese a nuestros propios atuendos, podríamos habernos casi imaginado en el tiempo de uno de los Abderramanes. Para visitar el Santa Cruz y el Alcázar, era necesario solicitarlo al Coronel, y este no era el día reglamentado, de modo que primero fuimos al cuartel general. Se trataba de un señor muy cortés, pero el suyo era uno de aquellos rostros severos y antipáticamente militares que llevaría a cualquiera ante un consejo por traición si llegase a desafiarle con incontinencia. El personal del antedespacho era de una disposición mucho más jovial. El hospital de Santa Cruz, construido por uno de los Mendozas es todavía, no obstante el abandono de siglos, una estructura notablemente bella. La entrada y el primer Patio son del más bello estilo. Uno puede viajar cerca o lejos, y ver pocas cosas que puedan superar a este claustro. No conozco nada igual al norte de Andalucía.

Ha sido últimamente pintado por la Escuela Militar, y el proceso aún se desarrollaba manifiestamente adelantado. El segundo patio, aunque grande, es mucho más simple. Los obreros estaban empleados en seccionar la iglesia, siendo un brazo de la cruz por entero suficiente para las exigencias de esta edad irreligiosa. Situado en lo alto del precipicio, la perspectiva debía ser buena, y particularmente la vista desde las ventanas del comedor, abiertas sobre el valle del Tajo, y sobre el extenso paisaje, que era verdaderamente soberbia. El jefe de cocina insistió en que visitásemos también su departamento, y viésemos las grandes perolas en que se cocinaba la cena. Fiel a mis obligaciones como viajero, doy nota de que las perolas eran de buen tamaño, y el aroma de la cena agradable a distancia. No hubo cargas extra por esta diversión.

El Alcázar está situado en la misma cima de la roca de Toledo, sobrepujando a toda la ciudad. Es una inmensa fortaleza o palacio, o más bien, sus restos, en el sólido estilo de la vieja arquitectura española, datando en su mayor parte del tiempo de Carlos y Felipe, aunque los cimientos fueron echados figuradamente, y quizás en realidad, durante el reinado de Wamba. Al presente sobrevive poco más que su cascarón desnudo, que se exhibe desolado sobre las paredes rocosas que limitan el espumante río. El interior fue destruido por los ingleses o los portugueses, o quizá por ambos a la vez, incendiado por los franceses, y denigrado por mil manos impías. Desde su parapeto percibes la situación de Toledo. Aquí se cruza la Sierra con el valle del Tajo, que gira en torno a la ciudad, a tu derecha según miras la corriente, abriendo por sí solo un anfractuoso pasaje a través de sus pliegues. La roca sobre la que se encuentra la ciudad parece ser una colina independiente, estando así limitada a la derecha por el río, y a la izquierda por una depresión casi a nivel de la llanura. Pero, en realidad, es una porción de la Sierra misma, y debido a su magnífica posición —dominando la comunicación entre el centro y el oeste de España— fue siempre un puesto de primer rango en importancia. Los Godos hicieron de Toledo su capital, y está llena de recuerdos de los tiempos anteriores a la conquista por los Sarracenos. Con ellos fue también un lugar influyente; y su historia durante este periodo es del mayor interés, a causa del número de cristianos que quedaron bajo el dominio musulmán, disfrutando de una libertad de conciencia que haría sonrojar a la Europa contemporánea. Bajo Alfonso VI de nuevo adquirió importancia; pero desde los días del Emperador Carlos, Toledo quedó en un estado de petrificación, como si sólo se conservase para provecho de los viajeros. Ves una ciudad acabada, precisamente cual fuera hace trescientos años, una Pompeya medieval; pues dudo mucho que un solo edificio haya sido demolido o construido en todo ese tiempo. La perspectiva hacia el suroeste

es en todo comparable a la del lado del norte. La inmensa catedral se levanta noblemente en el primer plano, penetrando su aguja en los cielos, y todos sus ornamentos brillando bajo la llamarada del sol de Castilla. Más allá y en torno suyo yace la ciudad, y a través de la fértil vega fluye el dorado Tajo, apresurándose hacia los bosques de naranjos de Lisboa. Tras echar una mirada a los extensos establos, que como es habitual se encuentran bajo tierra, descendimos a la ciudad en nuestro camino hacia la Catedral. Las calles eran estrechas y escarpadas, hechas para gentes a caballo; las casas pequeñas y sin ventanas al exterior — una regular Morería. En gran parte de ellas eran aún visibles los dinteles de madera, colocados sobre las entradas por los moros, como testificaban las inscripciones talladas. Sobrevivieron a las vicisitudes de quizás mil años; pues el aire de España es tan puro que algunas clases de madera se conservan casi eternamente. Todo era antiguo. Un pequeño café, un patio trapezoidal con un toldo extendido arriba, al que pasamos a refrescarnos, justo parecía acabar de ser desenterrado; aunque dudo si los moros tendrían una bebida tan refrescante como el agraz, con la que rebajar la temperatura de sus enjutos cuerpos.

En seguida pasamos a la Catedral que, desde todo punto de vista, es un edificio magnífico. La riqueza de ornamentos te deja estupefacto, y no es inapropiada, excepción hecha del inmenso, confuso, envolvente e intrincado monumento de mármol tras el retablo o el tras-altar. El efecto general es hasta bueno cuando se contempla con cierta luz. Es innecesario decir que la mayor parte de lo más valioso fue ocultado durante la Guerra de Independencia. De otro modo los viajeros modernos habrían tenido sólo una vaga posibilidad de admirarlo. Las capillas están repletas de curiosidades y de interesantes e históricas tumbas, y al pasar por ellas uno sabe que comienza pero desconoce cuándo terminará. Una sin embargo, la Mozárabe, merece atención más particular.

Si la historia de la Iglesia de España hubiera sido escrita de forma imparcial, sería la más interesante de la Cristiandad, a causa que desde su comienzo, los preladados, debido a su superior ilustración, gozaban de un respeto y de una influencia en los asuntos políticos y sociales, que en todas partes les eran sometidos. Bajo los Godos, ellos fueron los depositarios de la civilización. Hallam sorteja la historia de los Godos con satisfecha mofa, simplemente diciendo que los anales de los bárbaros son indignos de una investigación. Pero esto es un despropósito increíble, pues de todas las naciones nórdicas, los Godos fueron los primeros en civilizarse, y parcialmente en razón de que adoptaron, hasta cierto punto, la ley civil y canónica. Siendo la primera de las tribus nórdicas que acabaron con el Imperio Romano, su nombre y el de los Vándalos se perpetuaron como sinónimos de barbarie



Fr

y destrucción. Cuando sus sucesores aparecieron en la escena, el mundo había adelantado tanto en el uso de tales excesos, que ya no provocarían como aquéllos tan fiera condena, mas tuvieron el posterior infortunio de incurrir en los anatemas de la fe por su obstinada adhesión a las doctrinas de la herejía arriana. Así, los historiadores se han sucedido repitiendo esas maldiciones, sin detenerse a establecer una comparación, ni a investigar la certeza de esta odiosa preeminencia. Ciertamente fueron en mucho superiores a sus contemporáneos francos y anglosajones. Los prelates españoles parecen haber estado siempre influenciados, tanto en tiempos de los Godos como posteriormente, por el prevalente rasgo del carácter nacional: una indisposición para plegarse a la dominación foránea, rehusando someterse nada más que a una supremacía nominal del Papa. Bajo el dominio de los Sarracenos, el vínculo que les unía con Roma se debilitó aún más. Los califas de Córdoba incluso proponían a los obispos. A la conquista de Toledo, los mahometanos, que eran extraños a la intolerancia religiosa de la doctrina cristiana, garantizaron los

términos habituales a los vencidos, esto es, un cierto número de iglesias (seis en este caso: San Lucas, San Sebastián, San Marcos, San Torcuato, Santa Olalla y Santas Justa y Rufina) fueron reservadas para su culto. Además se les garantizó un alcalde, que impartía justicia entre ellos de acuerdo al Fuero Juzgo gótico. La misma especie de política se conserva todavía entre las naciones orientales, especialmente en lo que se refiere a los diplomáticos extranjeros. Esos cristianos fueron llamados por los conquistadores Mozárabes, que de manera extraña se ha hecho derivar de mixti-árabes, una derivación que ningún estudioso árabe hubiera hecho, pues los árabes eran tan ignorantes del latín como los latinos del árabe. Los habitantes de Arabia siempre se distinguieron por su orgullo de la ascendencia y su gusto por la genealogía, no sólo de los caballos sino también de los hombres, y su sobreafluente lenguaje se presta a la expresión de las más diminutas sombras de diferencia. Los habitantes originales del desierto, los descendientes de Kahtan, el Arab al Arabi, nunca admitieron la igualdad entre ellos y los descendientes de Is-



Franz Xaver Winterhalter, "Florinda" 1853. Metropolitan Museum of Art.

mael, que se distinguieron por cierta modificación de la palabra Arab, aplicable a los que subsiguientemente devinieron árabes. Es mucho más razonable en consecuencia, suponer que Mozárabe es una corrupción de Mostarab, que significa imitador de los árabes. Mr. Ford atribuye esta corrección a Gayangos, pero Gayangos no la reclama para sí, y Casiri apuntó a la verdadera derivación mucho antes. Tras la Reconquista, el Alcalde de los Mozárabes continuó juzgando a los ciudadanos de Toledo de acuerdo con el Fuero Juzgo; los otros cristianos fueron gobernados por el alcalde de los castellanos, de acuerdo con las leyes de la antigua Castilla, lo que, por sí mismo, probaría qué es lo que fueron los Mozárabes. También retuvieron la liturgia gótica de San Isidoro en su integridad. Tras la reconquista, la mujer francesa de Alfonso, y el Arzobispo, igualmente francés, persuadieron al rey para unificar la práctica general de la Cristiandad, y abolir en Toledo, tal como había hecho por todas partes en Castilla, esta reliquia de los tiempos antiguos, pero los toledanos se levantaron en armas, determinándose según el espíritu de aquella

época, por remitir la cuestión al arbitraje de un duelo. Desgraciadamente, Juan Ruiz de las Matanzas, el campeón del ritual mozárabe, resultó victorioso. Se apeló entonces a la prueba del fuego con semejante resultado. La obsoleta obra de los Godos salió indemne. La alegría de los españoles no tenía límites, pero el último éxito del perseverante monarca se dice haber dado lugar al proverbio, tan común desde entonces,

Allá van leyes
Do quieren Reyes.

Fue finalmente adoptado un compromiso unilateral, y a pesar del movimiento realizado por el cardenal Jiménez, el Ritual Mozárabe, creo, ha desaparecido completamente, excepto en el servicio de su capilla. Difiere en algunos puntos del Misal común, aunque yo no tengo suficientes conocimientos de teología para decir si esas diferencias son vitales.

Se ha supuesto, o al menos así se les ha achacado, que los súbditos cristianos introdujeron en sus creencias muchas corrupciones

de fuentes mahometanas. Pero la experiencia universal ha demostrado, que una fe vigorosa se conserva con mayor pureza bajo la opresión, que cuando se encuentra soliviantada por la prosperidad mundana. Es probable, sin embargo, que las observancias exteriores fueran de alguna manera modificadas por los varios puntos de acuerdo que ambas religiones presentaban. Los mahometanos respetaban a Jesús como a un gran profeta, sólo inferior al de la Meca, y así muchos de los patriarcas judíos y profetas gozaron de igual reverencia por los tres grandes credos en que se dividieron los hijos de Abraham, el padre común a todos ellos.

Vanse días, vienen días,
Venido era el de San Juan,
Donde Cristianos y Moros,
Hacen gran solemnidad,
Los Cristianos echan juncia,
Y los moros arrayan.
Los judíos echan encas
Por la fiesta mas honrar.

Es de poco suponer que las doctrinas esenciales del credo sufrieran alguna alteración o corrupción. Si algo semejante hubiera ocurrido, el terror de la Inquisición lo hubiera eliminado de raíz.

La Catedral de Toledo, entre otras preciosas reliquias, exhibe también un sillar de mármol sobre el que la Virgen descendió a imponer la Casulla sobre los hombros de San Ildefonso. Cabeza introdujo reverentemente sus dos dedos en los agujeros que la devoción ha creado, y se besó las yemas. Que pueda él recibir todos los beneficios que esperaba. Nos dijo que éramos muy afortunados por hacer nuestra visita en época de la feria cuando la imagen de la Virgen se adornaría con sus joyas. Describir todos los tesoros contenidos en una catedral que ha recibido mercedamente el sobrenombre de "La Rica", sería una empresa tan tediosa como poco provechosa. Se dice que las grandes catedrales medievales resumen en sí mismas la historia de su tiempo. Esto es cierto en el caso de Toledo, que es un depósito del antiguo arte y la historia. No había nada que me gustase más que la bella apariencia de sus torres desde el Alcázar. El sonoro tañido de su campana es grandioso. Pero cualquiera que hubiera sido el efecto de la Catedral, era superado por el del claustro, que nos parecía, llegando de las estrechas y luminosas calles, la más bella vista que nunca habíamos contemplado. La elegante columnata y el lujuriente verdor del Patio bien podrían inducirle a uno a renegar de los superficiales placeres mundanos.

Tras vagar por un rato, retornamos a cenar a la Posada, y disfrutamos completamente de la comida bajo el toldo. Era como un anuncio de Andalucía. Hasta aquí, en el viaje por Aragón y

Castilla, había visto poco que me recordase a la España de los Poetas. En el estilo de la arquitectura doméstica, las ropas y las costumbres del pueblo, se saboreaba algo del norte frío. Aquí nos sentíamos una vez más en casa. Sentados en desvencijadas sillas en el Patio, rodeados por perros, gatos, mujeres cosiendo, y arrieros con fajas y sombreros calañeses, y el termómetro alcanzando los 140° [sic] en la calle, admitíamos que la mera existencia había comenzado a ser agradable.

Estando la fábrica de armas a poca distancia fuera de las murallas, el posadero nos ofreció, tras cenar, un carruaje por tres dólares. Propusimos uno y medio por todo precio, que rechazó. Salíamos para ir allí caminando y él rebajó a dos. Nuestro orgullo nos desaconsejó aceptar una oferta de compromiso, y afortunadamente, pues acabábamos de perdernos un agradable paseo en el que, con toda probabilidad, hubiéramos dado botes hasta morir. De modo que salimos bajo la fastidiosa guía de Cabeza.

Había dos lugares en Toledo, muy interesantes por sus asociaciones históricas, que había omitido en mi anterior visita y a los que nos dirigimos de una vez. Uno era el sitio de la residencia de Padilla, el caudillo de la rebelión de los Comuneros contra el Emperador Carlos, la última y vigorosa afirmación de las viejas libertades españolas. Los historiadores contemporáneos de aquellos hechos, escribiendo bajo la influencia del monarca, insistieron en la debilidad de los rebeldes. Pero si se nos permite decir, fue un noble esfuerzo por salvar al país de las cargas de la prerrogativa real. Pero la revuelta fue en vano. El poder concentrado del Soberano de España, de Alemania, de Italia y de América, era demasiado grande. El cetro del ungido barrió la resistencia y Padilla pagó con su vida. Su noble esposa María Pacheco rehusó rendirse, y cuando se vio forzada a abandonar los suburbios de la ciudad se retiró al Alcázar, donde por mucho tiempo continuó la resistencia hasta que perdidas todas las esperanzas, tuvo la suerte de poder escapar a Portugal. Toda huella de la rebelión fue borrada y la misma casa de su promotor demolida, no quedando de ella piedra sobre piedra. La Corte fue removida para castigar a la ciudad, que había simpatizado con esta intentona, y el manto del absolutismo pudo mantenerse por varios siglos, sofocando toda aspiración de libertad. De haberse aceptado las peticiones de los Comuneros, Carlos habría sido igualmente el Gran Emperador, y España habría sido libre. En tiempos más afortunados, el retorno de un cierto sentido de la justicia hizo que se colocase en el lugar una pequeña lápida, conmemorativa del acontecimiento.

El otro era un lugar aún más interesante — las ruinas del Palacio del Duque de Escalona, el cabeza de la familia Pacheco.

Cuando el Condestable de Borbón, que había luchado contra su país natal y que era señalado como traidor por toda Europa, vino a la Corte española tras la batalla de Pavía, los altivos caballeros fueron incapaces de ocultar su horror por un crimen que atentaba contra todas las ideas de honor y lealtad que constituían el fundamento de su carácter caballeresco. Carlos solicitó del Duque de Escalona que lo recibiera en su palacio. El súbdito obedeció con toda disposición los deseos de su soberano, pero el orgullo del Grande juró destruir la mansión tan pronto como su poco grato huésped hubiera partido, considerando que la casa que hubiera acogido a un traidor era indigna de ser la residencia de un gentilhombre castellano. Estas ruinas aún existen, el más noble monumento que ningún mortal nunca se habría erigido a sí mismo. Cabeza señalaba cabalmente que los tiempos habían cambiado, y que la traición era ahora el camino más corto hacia el favoritismo y la fama.

Nuestro camino pasaba por las dos sinagogas, completamente singulares en la Europa cristiana, pues en ningún otro sitio gozaron los judíos de tal seguridad que les garantizase la exhibición pública de su fe. A pesar de su actual intolerancia, hubo un tiempo en que los españoles se distinguieron por su tolerancia y liberalidad hacia las diferencias de credo religioso, lo que desde entonces han tenido por opuesto. Los judíos toledanos ostentaban un origen muy antiguo, y aseguraban que cuando fueron consultados por sus hermanos de Jerusalén acerca de la crucifixión de nuestro Salvador, contestaron con una sonora protesta, de la que existe una copia en la biblioteca del Vaticano, arguyendo desde entonces, que ellos no merecían la justa inquina de los cristianos. El Vaticano contiene, sin duda, muy extraños documentos que si fueran sacados a la luz, harían que la historia de los tiempos modernos fuera reescrita. Que el documento aludido debiera incluirse entre ellos, es materia más dudosa. *Credat Judaeus*. El lugar ocupado por los judíos españoles, entre los cristianos y los musulmanes, capaces tanto de beneficiar como de perjudicar a cualquiera de las partes, debiera haber sido mucho más eficaz asegurándoles una posición más respetable e inmune frente a cualquier reclamación contra sus ancestros, aunque fuera bien justificada. Sea cual sea la razón, se encuentra fuera de discusión el hecho de que en la Península, este pueblo, oprimido por todas las naciones, gozó de una inmunidad inexistente en ningún otro lugar. Participando de las peculiaridades de la nación de cuyo centro emanó el edicto que los expulsaría, les caracterizó hasta en el exilio una arrogancia sin compromiso y un orgullo por su nacimiento, que renegaba de toda igualdad con sus hermanos de fe en tierras menos favorecidas. Esas dos sinagogas fueron construidas con todo el orgullo de su poder. La más pequeña de ellas, ahora Santa María la Blanca, fue construida en un tiempo

tan lejano como el siglo noveno, el siguiente a la conquista de los árabes. La otra, *El Tránsito*, fue erigida por Samuel Leví, el famoso Tesorero de Don Pedro, que disfrutó quizás de mayor influencia en el reino, que antes nadie de su fe pudo haberlo hecho, ni pudo jamás desde entonces. En los primeros días de las monarquías españolas, la lucha por la existencia era demasiado absorbente como para permitir la atención sobre otra cosa que no fuese la ciencia de la guerra. La luz del conocimiento sólo se mantenía encendida en Constantinopla, Bagdad y Córdoba. A esta última los Judíos tenían completo acceso, y por ello en los nacientes reinos cristianos tuvieron la posesión exclusiva de ciertas ocupaciones, como la medicina y las finanzas. Desde tiempo inmemorial estuvieron especialmente ocupados en el departamento del tesoro, que a la vez era una fuente tanto de poder como de impopularidad, lo que tuvo mucho que ver con su expulsión. Por la causa que fuera, sus privilegios fueron mucho mayores en la Península que en ninguna otra parte de Europa; entre ellos, la capacidad de poseer tierras, que no les fue concedida en otros sitios. Su posterior expulsión fue un acto de intolerancia completamente innecesario e indefendible, pero fue llevado efectivamente a cabo. La raza desapareció del suelo español, y los relatos renovados de tiempo en tiempo, de hebreos que profesaban su fe en secreto a pesar de ocupar altas funciones, incluso altas jerarquías, son meros cuentos para gratificar la credulidad de lectores poco viajados. Ambas sinagogas son de una forma sencillamente rectangular, y aunque en belleza exterior sólo rivalizarían con la arquitectura de un cuartel de bomberos, en el interior poseen el esplendor y delicada elegancia del Oriente. Costosas maderas, de las que Salomón era tan aficionado a usar, esbeltas columnas, galerías bellamente caladas para las mujeres, que de este modo quedaban ocultas para que los ojos y los pensamientos de los hombres no se detuvieran en su ascensión de la tierra al cielo, y todo iluminado por los rayos del sol meridional que emanaban en oleadas rosáceas desde arriba, producía una ilusión completa. Pero también la *désillusion* estaba a mano en los modernos y chillones ornamentos de la una, y en la vil colección de antigua basura depositada en la otra. Algún manual o relato de viajero se queja de la insolencia del custodio. Éste, o no ha cambiado, o ha encontrado un digno sucesor.

En la misma vecindad se encuentra la Iglesia de San Juan de los Reyes, erigida por Fernando e Isabel en gratitud a su santo tutelar. La noble fachada está todavía adornada con las cadenas que allí colocaron los cautivos cristianos, a los que el éxito de la guerra contra los Moros había liberado de la esclavitud, pero el cuerpo del edificio, y particularmente el exquisito claustro adyunto, se encuentra en un triste estado de dilapidación. El primero aún contiene algunas bellas obras, entre ellas una magnífica

estatua de madera de algún santo, por Alonso Cano: su pensativa cabeza es singularmente buena. Cabeza señalaba; “esta cabeza es mejor que la mía” – un hecho que no admitía discusión, pues la suya estaba un poco dañada con sus seis heridas. Los púlpitos, además, son unas joyas a su modo. En las decoraciones se habían diseminado a plenitud las armas de los Reyes Católicos, con el yugo y las flechas. Hay también una galería de pinturas que miramos por cortesía. El jardín del claustro estaba crecido de plantas tropicales de amplias hojas, abriéndose vigoroso camino entre las ruinas de las fuentes y las estatuas rotas. Parte del corredor superior y fragmentos de escultura yacían diseminados en torno. El conjunto era una imagen de la melancolía. Sus antiguos habitantes, con sus cogullas, se fueron para siempre. La tranquilidad de la muerte reina en torno, y el sonido de nuestras pisadas, haciendo eco en esos desiertos salones, era temerosamente audible. El progreso es ciertamente deseable en todas partes, pero su triunfal cortejo es como el del carruaje de Vishnu, distinguido por los mutilados restos de lo que es más bello, y los sacrificios que esta divinidad solicita son frecuentemente tan revolucionarios como para hacer dudar de su divinidad.

Frente a la iglesia están las ruinas de los Palacios de Jiménez, de Wamba y de Rodrigo, o al menos de quienes son así llamados. Desde este último hay una vista hacia la garganta del río sobre los molinos moros, y la torre donde se dice que La Cava se estaba bañando cuando fue vista por Don Rodrigo. Mucho, quizás todo esto, sea apócrifo, pero ¿por qué destruir esas románticas fábulas? No podemos vivir sólo de pan. La conexión de Don Julián y su hija La Cava, con la invasión de España por los Moros, fue admitida sin objeciones, hasta la aparición de la escuela histórico-crítica, cuando vino a ser mirada como una fábula y una pura invención de las crónicas monásticas. Este era el otro extremo. Subsiguientes investigaciones han demostrado que la verdad descansa en el punto medio, y este romántico incidente volverá a obtener su lugar en la historia seria. Lo que se dice por los historiadores es substancialmente como sigue:

En los días de los reyes Godos, era costumbre que las hijas de los nobles fueran educadas en el Palacio Real de Toledo, y formaban parte de la corte de la Reina hasta el momento de su matrimonio. A la accesión de Don Rodrigo, uno de los principales magnates del reino era el conde Don Julián, descendiente de sangre real, y pariente de los revoltosos hijos de Witiza y del traidor Obispo Opas. Se le había confiado la fortaleza de Ceuta, en África, entonces un baluarte de la Cristiandad contra el avance de la marea conquistadora musulmana. De acuerdo con las costumbres del reino, su hija, La Cava, era asistente de la reina. Un día, cuando las jóvenes señoritas se divertían bañándose

en las doradas aguas del Tajo, Don Rodrigo, en una mala hora para España, miraba desde su ventana, quedando hechizado por la extraordinaria belleza de la hermosa Cava, y olvidándose de sí mismo, de su reino y de su religión,

¡Ay de España!

Perdida por un gusto y por La Cava.

Con gran dolor por la afrenta, La Cava escribió una carta conmovedoramente patética a su padre, quien se apresuró hacia Toledo con el corazón desbordante de venganza. Rodrigo, sorprendido por su súbita aparición, le preguntó si se había procurado ciertos halcones de caza, que estaba deseoso de obtener en África. “Los tengo”, respondió el indignado padre. “Ellos me acompañarán en mi próxima visita, y serán unos balcones como nunca en tu vida habrás visto”. Pretendiendo que su mujer estaba mortalmente enferma en Ceuta, y que nada podría dulcificar los dolores de su enfermedad que el ver a su amada Cava, pudo regresar con su hija a África, donde entró en negociaciones que llevarían al desembarco del ejército musulmán y a la batalla del Guadalete. Este acontecimiento debió ocurrir en consecuencia, un año o así antes del 711 d. C., y la pequeña torre en la orilla del río ha sido señalada por la tradición como el escenario de estos hechos. Como antes decíamos, la historia de La Cava fue objeto de una fe implícita, hasta que un crítico señaló que su nombre no había sido mencionado en ningún escrito previo a la crónica del Monje de Silos, que vivió en el siglo doce. Las dos crónicas contemporáneas, de Don Alfonso y la Emiliana, y la de Dulcidio, siquiera reconocen su existencia. Este silencio fue considerado como cosa conclusiva, y la famosa historia de Don Julián desapareció en los nebulosos reinos de la fábula.

Desde entonces, sin embargo, la atención de los literati españoles se ha vuelto hacia los autores Moros, y han gozado de la peculiar ventaja de ver el cuadro de su historia desde dos puntos de vista exactamente opuestos. Así se han clarificado muchas dificultades. Las investigaciones de Gayangos, en particular, han arrojado gran luz sobre esta materia, estableciendo de manera conclusiva que en cuanto concierne a Don Julián, su existencia al menos no es una fabricación del Monje de Silos, pues él cita autores árabes de una fecha temprana que, por mucho que puedan diferir en la escritura de su nombre, y de su posición en la monarquía Gótica, están todos de acuerdo en denominarle Señor de Ceuta, y en asignarle un lugar prominente en la preparación de la invasión. El silencio de los primeros autores cristianos puede explicarse fácilmente, cuando pensamos que una traición de esta suerte sería naturalmente mucho mejor conocida por los moros, y además que Don Julián (o Ilyan, como le llaman) fue probablemente un jefe semi-independiente, que rendiría sólo una

servidumbre nominal a los monarcas góticos, y que escogió su parte en la guerra sin prestar por ello mayor atención a los motivos que le empujaron a ello. Parece que la apostasía debió ser muy poco costosa en aquel tiempo. Muza, a continuación comandante moro de la frontera norte y héroe de otro romance, que ha sido adornado por la poesía y el drama, fue evidentemente como su nombre indica, un renegado vasco, Muñoz o Muñez, desempeñando un papel similar al de Don Julián. En lo que se refiere a dos autores contemporáneos, uno de ellos, Isidoro Pascense, describe la invasión en menos de veinte líneas, y el otro, el continuador del Biclarense, en menos de diez, sin mencionar los nombres del Obispo Opas, o a los hijos de Witiza, sobre cuyas intrigas no existe ninguna duda. Si su silencio fuera una prueba lo bastante negativa, la historia de esta época en España quedaría reducida a unas proporciones diminutas. Las siguientes crónicas fueron escritas en los refugios de Galicia, León y Asturias, lejos de la tradición local, que era probablemente sólo



G.A. Hoskins. "Baths of Florinda. Toledo". Xilografía de Meason. 1851

conocida por Don Rodrigo y los cortesanos, y es natural que los pocos supervivientes, si hubo alguno, no desearían perpetuar la memoria de un acontecimiento que redundaba tan cortamente en su honor, y cuya conexión con la subsiguiente invasión era quizás desconocida para ellos. Además, el Monje de Silos sólo dice que el insulto a su hija aumentó la desafección de Don Julián, que ya se encontraba unido por lazos familiares con los revoltosos hijos de Witiza, y que todos se encontraban ocupados en negociar con los moros. La peculiar prominencia que en la trama le era asignada, no fue sino un embellecimiento de los historiadores posteriores.

En todo esto, sin embargo, no se dice nada sobre La Cava, al no ser mencionada en las antiguas crónicas, pero los historiadores y las guías la reconocen, por la misma razón que anteriormente reconocieron a Don Julián. Que La Cava no es invención de ningún cristiano, resulta evidente por su nombre, que es puramente árabe y más bien un apelativo. Se desconoce cuál fuera su nombre real, gótico o romance. A veces es llamada Florinda. Los cronistas españoles extraerían consecuentemente el cuento, ya de un temprano autor árabe cuya obra se ha perdido, o de alguna tradición corriente entre los moros. La cosa en sí misma no era improbable. Es bien conocido que los Condes Godos o Comites, eran los pares del soberano, y que sus hijos eran educados en la Corte, una costumbre perpetuada en España hasta muy recientes días, no sólo por los soberanos mismos, sino también por los grandes magnates. Que la hija de Don Julián fuera enviada a Toledo, o a Sevilla como otras lo fueron, es natural. El acto atribuido a Don Rodrigo es posible, si creemos las historias que versan sobre su moral disoluta, aunque una gran parte de los crímenes que se le achacan eran piadosas ficciones para explicar la dura sentencia arrojada sobre él por la Providencia. Por otro lado, no es probable que los moros inventaran este cuento, pues no tendrían motivo para ello, y además porque contiene referencias a unas costumbres de la Corte Gótica de las que estarían poco al corriente, y que eran tan diferentes de las suyas propias. La elocuente carta que Mariana le atribuye es, por supuesto, una composición posterior, pues si la lamentosa Cava conociera el alfabeto, estaría muy por delante de las bellezas contemporáneas, y de muchos hombres notables de los siglos que siguieron. El mismo baño es probablemente apócrifo. Las tradiciones populares son poco dignas de confianza en materia de detalles, pero raramente carecen de fundamentos o son contradictorias con la generalidad de los hechos, ni son inconsistentes respecto a los hechos acreditados ni irracionales en sí mismas, y no deben ser completamente rechazadas por que no se pongan por escrito hasta algunos siglos después. Así, frente a la casi unánime oposición de los críticos, determiné no engañarme sobre la existencia de la joven señorita, y contemplar el escenario desde el parapeto con tanto interés como si la hija de Don Julián estuviera presente tanto en la realidad como en la tradición.

Saliendo de la ciudad por la bella Puerta del Cambrón, descendimos a la orilla del río, y proseguimos nuestro camino a través de lujuriantes jardines, irrigados por norias de agua del tipo más oriental, las verdaderas norias moras, y saludando y recibiendo los abur de los campesinos, llegamos a la fábrica de armas. Es extraño cómo algunos afortunados lugares parecen originalmente dispuestos para la producción de cuchillería, sin que sea posible dar al hecho una explicación satisfactoria.

Algunos atribuyen las virtudes de esta localización a la atmósfera, otros al agua. Cualquiera que sea la causa, Toledo ha sido siempre famosa por sus armas. Debido al abandono, su antigua y bien merecida reputación estuvo a punto de perderse, pero ahora se ha recuperado su fama, y los ejemplares que aquí se ofrecen son iguales a los del siglo dieciséis. Las armas blancas del ejército español se fabrican aquí, y se comparan favorablemente con las de cualquier otro del mundo. El edificio en sí no ofrece nada de extraordinario — un gran patio rodeado por talleres. Ni el procedimiento difiere en mucho con el que se sigue en Chateaurault y otros lugares. En los viejos tiempos, se recurría a una gran cantidad de expedientes semi-cabalísticos, pero hace mucho que fueron abandonados. Las armas son probadas de la manera más efectiva, tanto en su dureza como en su temple. Son golpeadas contra un muro y son enrolladas hasta con dos vueltas. Luego son violentamente golpeadas por el dorso contra una materia dura, y el filo es probado contra algún metal más dulce. Los cuchillos son pasados, por alguna persona fuerte, a través de una moneda de cobre o de plata. Tras pasar tales pruebas pueden reírse del hueso o la coraza. Aquellas famosas espadas que se empaquetaban en una caja circular aún pueden fabricarse, pero ahora se requiere más robustez. En verdad, no es fácil de comprender que esa flexibilidad sea lo adecuado a las necesidades del ejército actual.

Aproveché la oportunidad para seleccionar cuatro puñales de calidad comprobada, que habían sido probados delante de mis ojos, y no hay duda de que responderían igual en una emergencia. Sólo espero no tener necesidad de usarlos. Uno de los trabajadores, de Cádiz, decía que la localización no tenía importancia, y que su excelencia dependía enteramente de la destreza del artesano. Cabeza, que era nativo de Toledo, se inflamó en defensa del buen temple que proporcionaban las aguas del Tajo. Como eran testimonios evidentemente parciales, rechacé las opiniones de ambos, pero es cierto que, aunque fueron ensayadas otras localizaciones, ésta, por unánime consenso, ha sido la elegida para producir lo mejor.

Entre la Fábrica de Armas y la ciudad yacen las ruinas de la antigua Basilika cristiana y del Circo Romano. Se supone que la ciudad romana se extendía sobre esta llanura, como debería hacerlo la moderna llegado el caso, justo como ha ocurrido en Granada. Construida sobre una elevada roca, Toledo sufre como siempre la necesidad del agua. En los viejos tiempos, el negocio de proveerla de este indispensable fluido estaba en manos de los Gabachos, que vinieron con este propósito desde los pirineos franceses, a donde retornaron tras acumular una pequeña fortuna. Como antes he señalado, la palabra “Gabacho” de

origen y expresión inciertos, es ahora casi generalmente aplicada a los franceses como una maldición. Aquí fueron llamados Azacanes, de la palabra árabe, que significa “Aguador”.

En el camino de regreso disfrutamos de una vista magnífica. Todo el cielo ante nosotros se encontraba cubierto de una masa negra de nubes tormentosas como sólo los climas tropicales suelen exhibir. El viento soplabá furiosamente hacia el valle, arrastrando y agitando en el aire vastas nubes de polvo a ambos lados de la ciudad, cargada con el olor de la tierra mojada por la lluvia recién caída. Recortada contra las nubes, y debatiéndose entre su oscuridad y los rayos del sol poniente detrás nuestro, veíamos la blanca línea de la ciudad desde la Puerta de Bisagra, pasando por la Casa de Locos, hasta las ruinas que coronan las orillas del Tajo; se veían palacios sobre palacios, y destacando por encima de todo, estaba la destellante Catedral sobre la cima de la roca, con el poderoso Alcázar en el fondo. Sólo con esta vista nos hubiéramos sentido recompensados por la visita. Como la tormenta estaba a alguna distancia, fuimos sin prisa, deteniéndonos a contemplar el contorno de los escasos restos de las ruinas romanas. Después desafiámos a Cabeza a una carrera cuesta arriba, y gracias a sus muchas heridas, le dejamos atrás; si hubiera tenido treinta años menos, la victoria no habría sido tan fácil. Él evidentemente nos suponía “originales”, quizás locos, aunque la exacta parte del mundo que nos honraba como patria le confundía. Era muy gentil al felicitarnos por nuestra buena gramática y pronunciación española, lo que, viniendo de un toledano, es muy satisfactorio, aunque cuando se encontraba apurado admitía reacio que nuestra fluidez no era tan grande como la de los nativos.

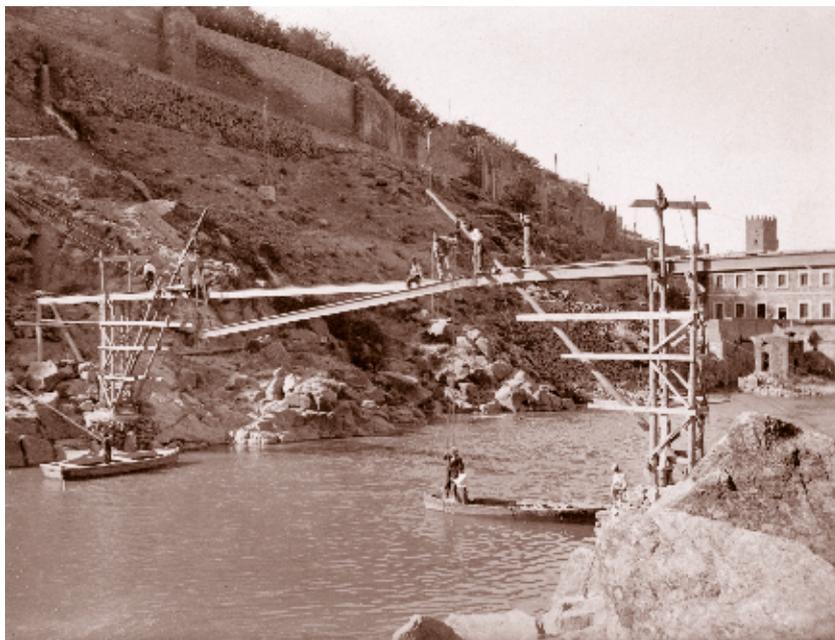
Volvíamos a entrar por la Puerta de Bisagra, y apoyándonos sobre el parapeto, disfrutamos de la perspectiva que se ofrecía en los tres lados. En la explanada ante nosotros se encontraba el vasto convento de Afuera; y más allá de éste las ruinas del castillo donde los romances dicen que Don Julián se retiró con su hija. A la derecha, la vista incluía el valle del Tajo, el paseo y el castillo de Cervantes en la eminencia que dominaba el puente de Alcántara; a la izquierda estaba el camino que acabábamos de dejar, y detrás nuestro se elevaba la ciudad, hilera tras hilera de antiguas casas superponiéndose unas a otras, hasta que el conjunto culminaba en las rosadas torres de la Catedral. Cuando el sol se ocultó, bajamos por la pendiente oriental, cruzamos el puente y tomamos nuestros asientos en el tren. A unas pocas millas nos introdujimos en la tormenta, y a las diez nos encontrábamos sentados ante un pollo frío y un frasco de Val de Peñas en la Fonda en Madrid, contentos con nosotros y con todo el mundo.

Hay pocas excursiones tan interesantes como la que acabo de describir. Fue una visita al pasado, el pasado aún vivo, perdido su vigor, pero todavía existente. Toledo es afortunada entre la mayor parte de las ciudades por preservar reliquias de las varias fases de la civilización en la Península — la romana, la gótica, la mora y la española hasta el tiempo de Felipe II — y siempre ha sido la morada favorita de la jerarquía cristiana. Quien no ha visto Toledo, no ha visto España. Ni son los sueños del pasado distorsionados por los pasos avanzados del presente. En otros tiempos, cuando los tesoros de América tenían única salida por medio de los galeones españoles, y los preladados tenían poderes de Estado, el Arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias gozaba de un salario estimado en 600.000 dólares, una suma espantosa para aquel tiempo, aunque muy poco de ello era para satisfacción de sus necesidades personales. El número de clérigos, monjes y monjas era ilimitado. Todos pasaron, pero los deshabitados conventos y monasterios dan testimonio de su antigua opulencia. Esta ciudad renombrada en el mundo, el hogar de Wamba, la favorita como sede de concilios, el baluarte de los moros, la última valedora de la libertad española, ha disminuido a una ciudad de quinta clase, cuya escasa población apenas alcanza a cubrir sus desmoronadas murallas. Hasta el ferrocarril parece haber entrado en la conspiración, llevándose su población hacia los superiores atractivos de Madrid. Sólo el Primado, la fábrica de armas y la escuela militar le dan una apariencia de vida. Todo lo que va más allá de la mera ne-

cesidad ha de ser buscado en la capital. Hasta las corridas de toros faltan, siendo las de Madrid más accesibles en las grandes ocasiones. Cuando se abra la comunicación con Lisboa puede que haya algún cambio, aunque en la presente época de paz y facilidades, es difícil para una ciudad construida sobre una roca mantener su importancia.

NOTAS:

- ¹ El título completo de la obra es el siguiente: [James Johnston Pettigrew]: *Notes on Spain and the Spaniards, in the Summer of 1859, with a Glance at Sardinia. By a Carolinian (J.J.P.)*. Charleston: Steam-Power Presses of Evans & Cogswell, 1861. A la ciudad de Toledo le dedica las páginas 122-139. La presente introducción y traducción han sido extraídos de la antología inédita preparada por ambos autores con el título *The Lost City / La Ciudad Perdida. Viajeros y artistas norteamericanos en Toledo, 1827-1914*.
- ² Para trazar esta breve biografía hemos consultado los siguientes trabajos: "James Johnston Pettigrew" en *The National Cyclopaedia of American Biography*. Nueva York: James T. White & Company, 1894, vol. IX, pp. 511-512; "Charles Pettigrew" en James Grant Wilson y John Fiske, eds, *Appletons' Cyclopaedia of American Biography*. Edición revisada, Nueva York: D. Appleton and Company, 1900, vol. IV, p. 48; "James Johnston Pettigrew" en Dumas Malone, ed., *Dictionary of American Biography*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1943, vol. XIV, p. 516; y C.P. Spencer, "J. Johnston Pettigrew", en W. J. Peele, comp. *Lives of distinguished North Carolinians*. Raleigh: North Carolina Publishing Co., 1898, pp. 413-435.



1927. Toledo.- Vista del río Tago durante la construcción de la pasarela para la realización del nuevo Puente de Alcántara.